

La Muerte no deja indiferente a nadie.

Unos la temen y tratan de evitarla, ocultando sus miedos entre oscuridad y plantas que, irónicamente, apresuran su llegada. Otros se vendan los ojos y vagan en silencio, ignorando su existencia y chocando con ella en un crudo e inesperado encuentro.

Sin embargo, Cereza es una dama que espera con ansias su visita, paciente y al frío, yace viva frente a un cementerio mientras sus ramas secas y marchitas hacen silbar al viento.

A veces, algún pájaro necesitado se le acerca en busca de refugio, pero ninguno parece estar realmente interesado.

Nadie recuerda ya a Cereza, ni siquiera el hombre de la pala se fija en ella. En busca de alguien que riegue su torso o plante sus frutos, espera la llegada de alguien que valore su presencia.

Ahora los años han pasado y luce un largo vestido blanco que cubre su cuerpo de Invierno.

Aunque ha llovido, su torso sigue vacío de amor, de compañía, de recuerdos y de colores que antes caracterizaban sus ramas con hojas parecidas a flores.

La Muerte vino a buscarla.

-Cereza querida, ¿dónde estabas?- Preguntó la muerte entonando una voz compasiva.

Aliviada, Cereza abrazó la llegada de la Muerte como su única y eterna amiga, pues sabía que ahora había alguien que sí la recordaría.